



EL FRACASO DEL PROGRESISMO

Estoy totalmente de acuerdo con la tesis básica de las conferencias que acaba de pronunciar en Madrid el padre Jesús Aguirre, en la Asociación de Mujeres Universitarias.

Según él —si no le he entendido mal—, todo podría centrarse en dos afirmaciones complementarias: primero, el integrismo católico de corte conservador está ya tan atrasado como el progresismo católico de pretensión avanzada, porque ambos coinciden en una estructura de fondo que se quedó anticuada, y, segundo, la vanguardia de la teología desgraciadamente suele ser una retaguardia cultural.

La primera de estas opiniones es más de carácter pastoral y práctico; la segunda, de carácter intelectual. Pero ambas resultan igualmente importantes.

Yo estuve a punto de publicar, hace poco más de medio año, un artículo en el que dije que no era progresista, contra la clasificación dada por muchos, explicando mis razones de por qué no me considero así. Pero no me atreví entonces, para no ser mal interpretado.

Sin embargo, ahora ya no tengo recelo alguno en expresarlo públicamente. Y no porque haya cedido lo más mínimo en alguna de mis posturas, sino por todo lo contrario.

Me pasa a mí un poco como decía Nietzsche, que nos íbamos a encontrar en el futuro «más allá del bien y del mal».

Y pensaba así Nietzsche por causa de las ingenuas y superficiales clasificaciones de buenos y malos que hacían los humanos de entonces, y que hoy seguimos haciendo todavía los hombres de hoy, pero que estamos en vías de superar.

Por eso podría decir —parafraseando a Nietzsche— que me encuentro yo también «más allá del integrismo y del progresismo».

Y lo estoy por las mismas razones que escuché el otro día, y con las que disfruté ampliamente durante las serias —a pesar de su abundante ironía— conferencias de Jesús Aguirre.

Como también me sentí plenamente a gusto con la afirmación intelectual de que la teología de vanguardia suele ser una retaguardia cultural.

Yo he expuesto, en otras ocasiones, esta oposición mía a las teologías de vanguardia. A pesar de reconocer la valía intelectual de algunos de estos pensadores católicos —aunque no todos, ni mucho menos—. La mejor prueba de esto último es que abundantemente me sirvo de frases suyas, sacadas de aquí y de allá. Pero sólo en cuanto coinciden con los puntos de vista de muchos que queremos vivir el cristianismo hoy, y no ayer —como intenta el progresismo—, ni anteayer —como exige el integrismo conservador—.

Si ya el existencialismo está pasado —como nos recordaba Aguirre—, hoy, sin embargo, es cada vez mayor el número de teólogos que se arriman alborozados a su carro semivencido. Y si el estructuralismo, o el neo-positivismo, están a punto de iniciar su superación, pronto veremos teologías estructuralistas, como empezamos a ver ya ensayos neo-positivistas de análisis del lenguaje teológico. Todavía recuerdo la prisa acelerada que hubo este curso en un instituto eclesiástico para encontrar, o improvisar como fuera, un conocedor de esta última tendencia teológica.

En cuanto empezamos con los maxiabrigos, y no sabemos ya qué tipo de falda se está llevando, empezaremos a encontrarlos con tímidas minifaldas en el mundo católico oficial (así lo he visto en una revista católica americana recientemente, mostrándonos una foto en minifalda de una religiosa).

Y lo mismo ocurre con el arte religioso abstracto y funcional, cuando estamos en el «happening», que valora la expresividad plástica; o con las comunidades proféticas, cuando estamos en la psicoterapia de grupo; o con los super-radicalismos utópicos, después de haber escrito Lenin su libro: «El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo».

Todavía hablamos de la autenticidad personal como ética de última hora, en una especie de tozudez solipsista y enclaustrada en sí misma, cuando ya Ortega había observado atinadamente que «yo soy yo, y mi circunstancia». Y, por tanto, que la ética

es una dinámica constructora de los valores humanos culturales y sociales del futuro, y no un subjetivismo ingenuo y tozadamente egocéntrico. Hay que ser fieles a esta dinámica, y no a una estructura interior rígida, por progresista que sea.

Cuando los «hippies» están pasando, y nos han descubierto el valor de lo no-violento, de lo expresivo y de la vida sin grandes necesidades de consumo, todavía queremos una piedad progresista y renovada de sociedad de consumo. O cuando ya nadie hace caso de la «Teología de la muerte de Dios», que hasta la revista *Time* considera desfasada, estamos nosotros empezando a apasionarnos en los medios católicos por ella.

Y, señores, ¿cuándo también podremos liberarnos del clericalismo, ayer de derechas y hoy de izquierdas?

Decía Aguirre —él que es sacerdote católico y español— que el clero debía empezar a aprender a callarse, en vez de querer estar en la salsa de todos los aparentes avances, que siempre llegan a destiempo del mundo.

Cuando los seglares oficialmente católicos, o los clérigos y obispos, sean hombres corrientes, que viven y sufren como cualquier hombre de la calle, que luchan y trabajan como cada uno de ellos, que no se sienten fautores o mentores de un mundo aparte, entonces no necesitaremos grandes instituciones religiosas, ni grandes colectas católicas, ni nuevos inventos de comunidades que nos aparten de este mundo ordinario. Ni tampoco tendremos que estar perdiendo el tiempo en criticar antiguallas jurídico-canónicas o desfasadas posturas religiosas. Confieso que me aburro un poco al oír tantas discusiones sobre si la Iglesia debe ser democrática o no, sobre si funcionan o no funcionan los consejos presbiterales. Porque, al final, ya todos hablan de democracia «sana» en la Iglesia, y con esta manera verbal de solucionar los problemas, muchas cosas siguen más o menos como siempre en la estructura humana eclesial.

Si sabemos olvidarnos del integrismo y del progresismo e ir más allá, viviremos aquel cristianismo sencillo y convencido junto con los hombres de nuestro tiempo, sin hacernos tantos problemas de nosotros mismos. Ese fue el cristianismo descrito por la *Carta a Diogneto* hace diecisiete siglos: «Los cristianos no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra, ni por su habla, ni por sus costumbres. Porque ni habitan ciudades exclusivas suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás». (Al leer esto recuerdo aquellas piscinas y playas católicas, y aquel latín, incomprensible para el pueblo, en el que se escribía la liturgia, o las enseñanzas —pudorosamente escritas en latín— sobre el sexto mandamiento o sobre el matrimonio en los manuales de moral.) «A la verdad, esta doctrina no ha sido por ellos inventada gracias al talento y especulación de hombres curiosos». (Aquí me acuerdo de todas estas discusiones teológicas y bizantinismos eclesiásticos que nos han abrumado muchas veces a los seglares.) «Habitan ciudades griegas o bárbaras, según la suerte que a cada uno le cupo, adaptándose en el vestido, comida y demás género de vida a los usos y costumbres de cada país». (Habría que meditar la importancia que le dimos al ayuno y a la abstinencia de carne, midiendo los gramos y las onzas para no ir al infierno, como bien criticaba durante el Concilio el Patriarca Máximo IV, o a no beber una gotita de agua después de la última campanada de las doce si íbamos a comulgar al día siguiente.)

Y termina diciendo la carta citada, esto: «Por los judíos se les combate como a extraños; por los griegos son perseguidos, y, sin embargo, los mismos que les aborrecen no saben decir el motivo de su odio». (Eso les pasa a muchos que quieren ser consecuentes y comprometidos creyentes: muy pocos les entienden y, sin embargo, todos confesarían, si son sinceros, que «con su vida sobrepasan las leyes», como les ocurría a esos cristianos del siglo III.)

Somos católicos por ser universales, somos cristianos por ser del amor y la cooperación entre todos los hombres, sin discriminación de raza, sexo o ideología, como predicaba el Evangelio. Pero no creemos en los instrumentos de poder en manos de la comunidad cristiana, actual o futura, por progresista que sea.